

Pedro Ángel Palou

El árbitro que no quiso pitarle un penalti a Pancho Villa

Ramón Gerónimo Olvera

A Inocencio Reyes

Seguramente, entre las nubes de polvo que testimonian los relatos de Juan Rulfo todavía nos llega el grito “¡Diles que no me maten!”, la súplica que alcanza al pobre de Justino, quien se siente con el deber de ir a dejar el recado de que le perdonen la vida a quien está frente al paredón.

En un Parral empedrado y todavía con el cuerpo lleno de los abrazos del bautizo del que venía, Pancho Villa grita aferrado al volante de su carro: “¡No me dejen morir así!” y ahora no es Justino encargado de ir de mandadero a cumplir la orden, es Pedro Ángel Palou quien acata el mandato

y lo vuelve novela. Lo hace bajo un marco fatídico para Villa. Su pluma está movida por “esa bala que sigue viviendo, una y otra vez la misma muerte. Es como si no quisiera amanecer nunca en mi eterna noche”. Cinco palabras: dos miradas distintas: un hombre que se va a morir.

Los gritos de quienes sienten la muerte a centímetros son súplicas inútiles que bien saben que no van a poder detener la historia; sin embargo, se tornan necesarias esas últimas palabras, ya que son el preludio de aquello que no se va a alcanzar a decir voz en cuello y, justo por ello,

necesita insinuarse en otras gargantas. Todo intento por escribir la vida del otro es una forma de ser embajador entre la ultratumba y la vida. No nos queda —siguiendo a Blanchot— sino robarle las palabras nonatas a los muertos y hacerlas pasar como testimonio de vida.

La novela que hoy nos atañe toma una decisión arriesgada: visitar las andanzas de Pancho Villa pero desde la primera persona. Palou no quiere recurrir al narrador omnisciente en tercera persona, que sin problemas va destejando la historia desde la comodidad de cierta neutralidad o desapego con los hechos. Estamos frente a un Pancho Villa que “es el lamento de un fantasma que se niega al olvido” y que camina sobre un puente: de un lado la amnesia que es el abismo que ninguno de los hombres que ha estado en la vida quiere habitar; por el otro, es el terreno de los recuerdos, tan pesado e incómodo como el lodazal en el que dicen hundió a Roberto Fierro en la laguna de Casas Grandes.

Difícil el reto que se plantea el novelista: reflejar, en la parquedad de las palabras de Villa, la complejidad de su personaje. Quien escriba una novela sobre Fidel Castro y elija la primera persona, encontrará en la logorrea y cultura del político cubano la posibilidad de abrirle las persianas a la historia y dejar que entre la luz del tiempo que le tocó vivir al comandante; podrán debatir Marx y Stuart Mill de su boca y será verosímil.

En cambio, narrar a Villa desde el monólogo implica encontrar la clorofila del personaje no en la exuberancia discursiva, sino en el temple lacónico de los campesinos de estas tierras, que cuidan las palabras con el mismo celo que los huizaches conservan el agua que cae a cuentagotas.



Pedro Ángel Palou

Sin embargo, Palou tiene el oído muy bien educado —me imagino que es un lector frecuente de poesía— y da con frases e imágenes de buena hechura que construyen al personaje: “uno sin cabeza es mejor que una tumba vacía” (p. 165). Es Villa quien se burla de su condición de decapitado y toma con humor negro su personaje, marcado para siempre con el signo de la persecución, la polémica y el escándalo.

Si como afirma el novelista “Villa es un significante vacío”, no lo es por ausencia de sentido, sino por excedente del mismo. Es tal la polisemia que cae sobre el personaje que toca vaciar sus significados

e intentar reconstruirlo y contemplar el significativo intentando bosquejarlo de la nada, para dejar de lado —esto es imposible del todo— la carga simbólica que le precede: “de lo contrario estaré condenado a ser sólo palabras. Un montón de palabras que nadie entiende y se confunden, cabronas con el silencio”. El Villa concreto que toma por asalto Ciudad Juárez o se escabulle de la prisión de Lecumberri no es sino un inmenso costal de palabras. El Villa más objetivo y real no existe: estamos frente a un ente con el que colapsa la historiografía tradicional para darle paso al personaje literario, así sea posando para la

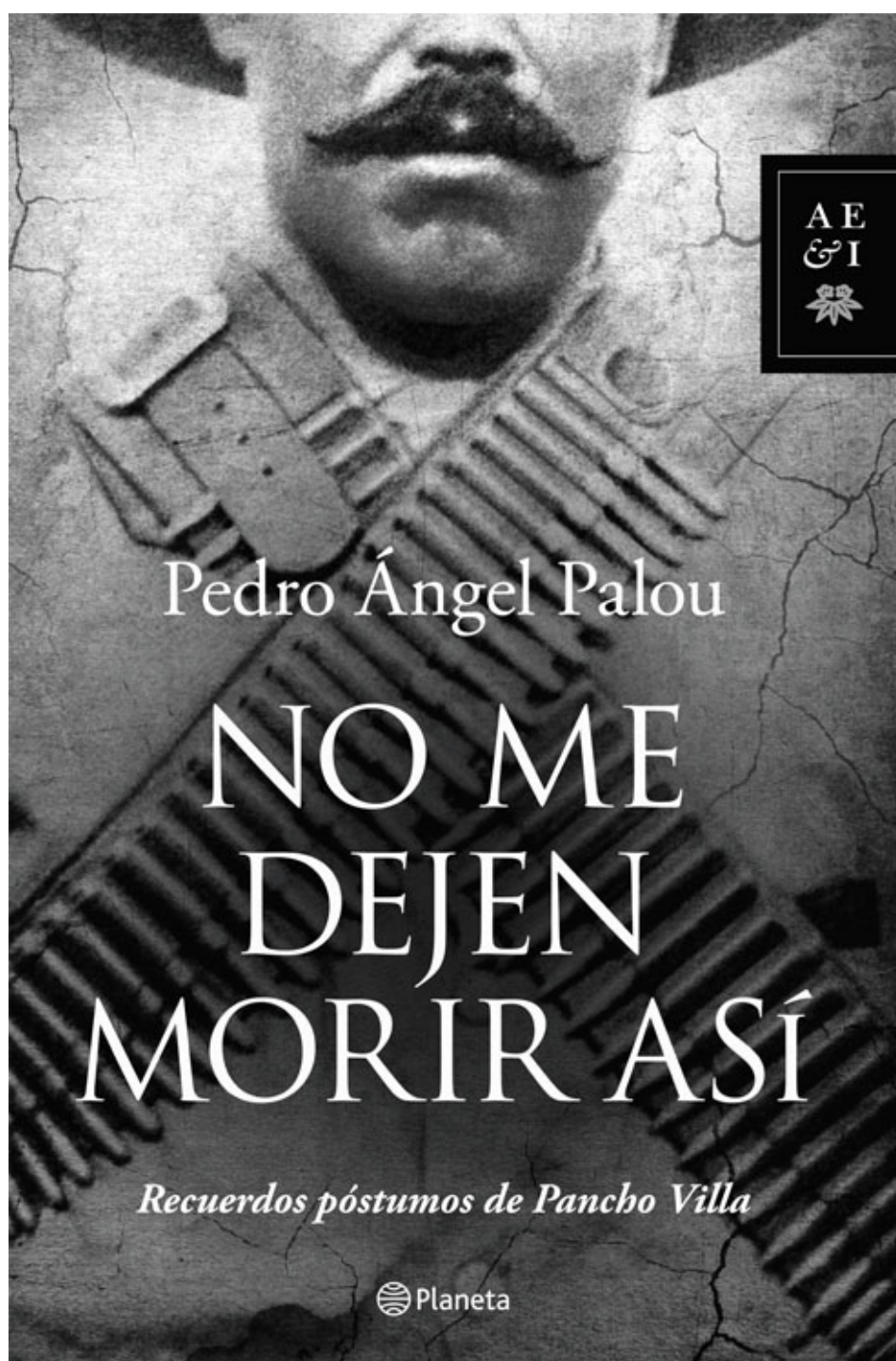
Mutual Film Corporation o relatando su vida lo mismo a Reed que a Santos Chocano.

Villa se asumió con la distintiva veleidad que tienen los personajes: ser movidos por el viento de lo actoral. En su caso, ser guiado con la habilidad de palabra que tienen los auténticos bandidos. Justo por ello el Villa de Guzmán o de Muñoz es más vivo por impreciso, y esto lo sabe muy bien Palou, quien ha hecho una lectura brillante de quienes han escrito al general y nos da una mirada original de un hombre que sabe con precisión el vaticinio de su muerte. Sin embargo, Villa para sí mismo es un desconocido y un forajido.

En la novela —a excepción del tema de “sus mujeres”—, en todos los demás episodios de su vida no tiene el menor cargo de conciencia. Este Villa es, para algunos, seguro de sí mismo: el caudillo inquebrantable; para otros, el iluminado por el fanatismo de una causa revolucionaria, que aun sin tener una sustancia ideológica hizo latir los corazones de los humildes; para algunos más, su ausencia de culpa no es sino la prueba contundente del perfil de un sociópata megalómano. Palou le da voz a Villa y sin juzgarlo empieza a ver cómo trata de justificar su paso por la historia. En esta ocasión, el autor no es el árbitro de fútbol dispuesto a pitar un penalti a 30 metros de distancia.

El Villa que nos presenta el autor no siente curiosidad por el más allá, apenas si acaba de recibir los plomazos y sigue como buitre girando en torno de su cuerpo. No hay el menor resabio de espiritualidad; y si no hay esencia trascendente asume su cuerpo como carroña.

De nada sirvió que Justino corriera presuroso para evitar el fusilamiento. De nada servirá nuestro último grito sobre la Tierra. Villa pidió que “no lo dejaran morir así, que dijeran que había dicho algo”. Palou, como buen amanuense, le sacó al general algunas palabras de gran valía que nos hacen tenerlo vivo a vuelta de cada página. En una de esas y en la próxima reencarnación hace coronel a Pedro Ángel en referencia guzmaniana. **u**



Pedro Ángel Palou, *No me dejen morir así*, Planeta, México, 2014, 192 pp.